

## **Stavenhagen y la ‘nación’: etnia, comunidad y proyecto político**

**Jorgelina Loza**

Jorgelina Loza es socióloga por la Universidad de Buenos Aires, especializada en Sociología de la Cultura (Maestría en Sociología de la Cultura y Análisis Cultural de la Universidad Nacional de San Martín) y Doctora en Ciencias Sociales, también por la UBA. Fue becaria del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina. Realizó estancias de investigación doctoral en El Colegio de México y en el Ibero-Amerikanische Institut de Berlín. Ha participado en numerosos proyectos de investigación e intervención, desarrollados por instituciones académicas, sector privado, sector público y organizaciones sociales; en Argentina, México y Uruguay. Es docente universitaria de grado y posgrado. Sus temas de interés principal son las identidades culturales, ideas de nación, la idea de América Latina y la dimensión simbólica de la acción colectiva. Actualmente, investiga y trabaja con redes transnacionales de acción colectiva en América Latina, especialmente en la construcción de su identidad regional.

### **Abstract**

En América Latina, ya constituye un consenso afirmar que los Estados modernos de la región emergen de un proyecto comunitario a partir de la existencia de sociedades pre-nacionales. Resulta urgente preguntarse por los actores que forman parte de dicha construcción y la forma en que reciben el discurso nacional promovido por el Estado. Nos proponemos discutir aquí sobre algunos fundamentos de esta desigualdad. ¿Es la exclusión una característica de la forma ‘nación’? ¿Quiénes integran la ‘nación’ y quiénes la construyen?

Nuestro acercamiento a este debate será a través del análisis de Rodolfo Stavenhagen, en cuya obra encontramos una mirada crítica sobre los procesos de construcción de esta forma organizativa moderna y las distintas formas de vivir la ‘nación’ para diversos sectores que elaboran en base a esa experiencia sus propias interpretaciones de la cultura nacional. En un presente donde la forma ‘nación’ continúa vigente como categoría identitaria, Stavenhagen nos permite pensarla como una construcción que puede dar cuenta de la coalición de fuerzas vigente y ser disputada por aquellos que exigen tener un rol protagónico en la misma. Si la ‘nación’ es un proyecto hegemónico que deja fuera a amplios sectores de la población, qué opciones presenta el futuro latinoamericano?

### **Palabras clave**

Nación – multiculturalismo – América Latina

### ***Introducción***

Mucho se ha discutido ya acerca de la perdurabilidad de las identidades nacionales en tiempos de comunicaciones veloces e intercambios globalizados. Actualmente, los estudios que recorren las representaciones contemporáneas sobre las comunidades nacionales, sostienen que no es posible anunciar su desaparición como marcos interpretativos para la vida de los sujetos (Grimson, 2007; Vernik y otros, 2008; Loza, 2013). Sin lugar a dudas, el amor a la patria, la identificación con una comunidad política y la construcción de significados en torno a la misma resultan aun hoy una fuente de luchas, adhesiones, estrategias y lecturas sobre el mundo.

Por su parte, la experiencia histórica de las naciones latinoamericanas da cuenta de las dificultades que esta forma política y sentimental deja sin resolver. En América Latina, ya constituye un consenso afirmar que los Estados modernos de la región emergen de un proyecto comunitario a partir de la existencia de sociedades pre-nacionales, es decir grupos con algún grado de similitud cultural, pero baja significación política. Los Estados articulan particularismos, localismos y relatos históricos para construir un nuevo mundo social y simbólico compartido por un pueblo que se identificará con ese imaginario (Valenzuela Arce, 1992). Sin embargo, la desigualdad extrema de la región, que adoptó la forma organizativa del Estado 'nación' con posterioridad a los procesos de colonialismo del período siglo XV - XX, continúa siendo una característica central de los países que la integran. En la actualidad resulta entonces urgente preguntarse por los actores que forman parte de dicha construcción y la forma en que reciben el discurso nacional promovido por el Estado. Nos proponemos discutir aquí, o empezar a preguntarnos al menos, sobre algunos fundamentos de esta desigualdad. ¿Es la exclusión una característica de la forma 'nación'? ¿Quiénes integran la 'nación' y quiénes la construyen?<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> La pregunta acerca de los actores intervinientes en el (nunca acabado) proceso de construcción nacional y en el de su transmisión parece ser el aporte principal de los pensadores que Grimson llamó *experiencialistas*. Éstos destacan la sedimentación de los procesos históricos que los constructivistas señalan en la configuración de elementos culturales que los sujetos comparten. La 'nación' deja de ser aquí un proceso puramente simbólico, para ser entendida como un producto del proceso social total (Williams, 1980). Este proceso social muestra, a la luz de esta perspectiva, que existe en su interior cierta heterogeneidad ideológica, que de todos modos desarrolla un campo de lo posible, una lógica de interrelación entre grupos internos y con grupos externos, un lenguaje común y otros elementos culturales compartidos (Grimson, 2007). Este conjunto de personas desiguales comparte una serie de experiencias históricas que son constitutivas de los modos de acción, cognición, imaginación y sentimiento que desarrollan. Es decir que la discusión sobre la 'nación' se ha corrido de cuáles serían los elementos que fundamentarían su existencia, para centrarse en el proceso histórico de su construcción, transmisión, recepción y sostenibilidad.

Nuestro acercamiento a este debate será conducido por las reflexiones de un autor latinoamericano, quien se ha dedicado a pensar la desigualdad en su ‘nación’ y en América Latina. Nos proponemos indagar en la obra de Rodolfo Stavenhagen, intelectual mexicano que ha formado parte de los debates más interesantes sobre América Latina y sobre los destinos de sus naciones.

El análisis de Stavenhagen de los procesos nacionales nos permitirá adentrarnos en la reflexión acerca de sobre quiénes han sido incluidos y quiénes han quedado fuera del proyecto nacional. Este pensador nos propone una mirada crítica sobre los procesos de construcción de esta forma organizativa moderna y las distintas formas de vivir la ‘nación’ para diversos sectores que elaboran en base a esa experiencia sus propias interpretaciones de la cultura nacional. El Estado ‘nación’, para Stavenhagen, es siempre multiétnico, nunca se corresponde con la forma homogénea que cada cultura nacional pretende referenciar. La forma organizativa ‘nación’, que funciona como rectora de las prácticas e ideas de los sujetos que la viven y las instituciones que construyen, está inevitablemente atravesada por la conflictiva relación entre el Estado, sus pueblos y la tierra que ocupan quienes se asumen el pueblo de esa ‘nación’. Su forma de pensar a la región y a la ‘nación’ coincide con una perspectiva que, desde la comprobación de la estructuración desigual del mundo social, resalta la capacidad de acción de los actores para modificar esa realidad.

### ***Stavenhagen y América Latina***

La forma particular que la reflexión sobre los conceptos del marxismo adquirió en América Latina en el siglo XX tiene que ver con los esfuerzos de hacer coincidir esa búsqueda teórica con la construcción de la ‘nación’ y la situación de subordinación de la región en su conjunto. Al mismo tiempo, estas reflexiones sirvieron de marco de referencia para los procesos políticos que estaban teniendo lugar en países del Cono Sur, y es por ello que el debate en Latinoamérica adquirió una peculiar vinculación con la movilización colectiva (Zapata Schaffeld, 1990). Durante la segunda mitad del siglo XX, la preocupación de los intelectuales latinoamericanos parece ser el construir un cuerpo de ideas propias que permitan explicar su posicionamiento en la estructura global. La idea de un sistema mundial global que ordena a sus componentes de manera no aleatoria sino basada en un proceso

histórico de luchas por el poder, permitió a corrientes *desarrollistas* y *dependentistas* combinar algunas propuestas con el análisis científico de la situación de la región. El análisis sociocultural, en paralelo al económico ya iniciado por la sociología latinoamericana, contribuiría a detectar los inconvenientes para el desarrollo en los países de la región. Este análisis posee importantes puntos de contacto con los desarrollados por la CEPAL<sup>2</sup> y otros intelectuales de la época, ya que posicionan a América Latina dentro de una historia universal en la que no ha jugado ni juega un rol pasivo solamente. Sin embargo, señala Medina Echavarría, la posición de la región frente a las potencias mundiales no la ha favorecido, sino que ha resultado adversa para los países latinoamericanos<sup>3</sup>.

En la década de los '70, cuando el enfoque *dependentista* ya se encontraba difundido en el ámbito intelectual latinoamericano, y sus conceptos eran fuente de debates, una nueva controversia agregó aristas ideas a la discusión. La construcción de un nuevo concepto como el de *colonialismo interno* establecía fuertes críticas a los enfoques anteriores.

Siguiendo la propuesta de ubicar dos polos de un dualismo global, Pablo González Casanova va a postular que la relación entre el centro y la periferia tiene la forma de una vinculación de subordinación entre lo avanzado y lo atrasado. La conexión entre ambos polos es eminentemente cultural, no clasista, y muestra la existencia de relaciones sociales, políticas y económicas de dominación. La existencia del colonialismo interno marca la reproducción de las formas de dominación de tiempos de la colonia aun después de las guerras independentistas y la construcción de las naciones modernas. Las nuevas

---

<sup>2</sup> La CEPAL se crea en 1949 como iniciativa de las Naciones Unidas, con sede en Santiago de Chile<sup>2</sup>. El análisis cepalino contó con figuras de la talla de Raúl Prebisch, y se trató de una mirada histórica pero básicamente propositiva, ligada a políticas de desarrollo nacional como la de sustitución de importaciones, a través de la exploración de fenómenos que estaban teniendo lugar en la región (urbanización, industrialización).

<sup>3</sup> El campo intelectual mexicano tuvo un rol protagónico en estos debates. El autor mexicano Medina Echavarría se encargó de explicar la relación entre mundos modernos y mundos tradicionales al interior del continente como una relación de interconexión y no de yuxtaposición de modelos extranjeros a realidades autóctonas, tal como parecía ser el consenso en esta época. El concepto que desarrolla Medina Echavarría para referirse a esta relación entre mundos diversos dentro de la misma región es el de *dualismo estructural*: implica el paralelismo de elementos precapitalistas y capitalistas sin que existan conexiones entre ellos. De este análisis se deriva una propuesta que involucra al desarrollo económico en vistas a lograr la integridad ciudadana de la 'nación' conducente a la consolidación de los estados nacionales. Fuertes Estados nacionales conducirán, como resultado de este proceso histórico, a la integración supranacional y la construcción de una identidad regional.

sociedades conservan, siguiendo a González Casanova, el carácter dual de las sociedades coloniales, así como su sistema de relaciones.

Sin embargo, el mismo concepto encerraba una polémica, ya que Rodolfo Stavenhagen se encargó de agregar que la situación de *colonialismo interno* mostraba la existencia de una dominación de clase encubierta en aquella ejercida por la potencia sobre la colonia. Este sistema de dominación tiene raíces históricas, y se caracteriza por un grupo social que se identifica con la comunidad nacional y que mantiene en estado de subordinación al resto de la sociedad. Esta relación de clase logra absorber a las relaciones interétnicas, permeando la integración nacional, que resulta diferenciada y poco sólida. Su argumento refuta posicionamientos dualistas, dado que las diferenciaciones se encuentran dentro de los mismos segmentos del sistema social y están relacionadas con un mismo proceso histórico. Así, Stavenhagen otorga mayor énfasis a las relaciones de clase entre grupos raciales, dando cuenta de un entrecruzamiento entre estas estructuraciones al evidenciar que los elementos raciales en los que se fundó la distancia entre indios y mestizos son los que permitieron transformar esos órdenes en relaciones de clase.

La dependencia de América Latina, para Stavenhagen, es intelectual y cultural, lo que determina la situación de subdesarrollo. Los conceptos importados de forma mimética no explican la complejidad del cambio que la región requiere (Stavenhagen, 1972). El *colonialismo interno* da cuenta de la existencia de dos polos de un único proceso histórico desarrollado en la región: la Modernidad (el Capitalismo) y el Feudalismo. Ello implica que desarrollo y subdesarrollo están ligados, en el esquema mundial y al interior de Latinoamérica. La burguesía nacional y la oligarquía terrateniente, como exponentes dominantes de ambos polos, se alían para mantener el colonialismo interno, impidiendo la integración nacional. Este último es un proceso subjetivo, pero que depende de factores estructurales y que necesita para surgir de la desaparición del colonialismo interno. Sólo así será posible desarrollar una conciencia nacional.

Se desprende de las reflexiones de nuestro autor, entonces, que el principal obstáculo al desarrollo de América Latina es el *colonialismo interno* (Stavenhagen, 1972) y que está en manos de los intelectuales proveer la información necesaria al campesinado y el proletariado de la región para que busquen formas de movilización. Es necesario para ello que los intelectuales latinoamericanos analicen profundamente el sistema de dominación

vigente, y que desentrañen los mecanismos de las elites, no solamente estudiar la situación de los oprimidos. El aporte principal de esta discusión, y del concepto mismo de *colonialismo interno* es el de mostrar la necesidad de sumar al análisis global de la relación dual entre los polos centro y periferia, el de la situación existente al interior de la periferia (Zapata Schaffeld, 1990). Allí es donde hay una fuerte polarización entre clases y entre regiones, que no permite el desarrollo y la igualdad. Los intelectuales que se sumaron al debate fueron aportando elementos al análisis de la polarización, proponiendo interrelaciones entre las categorizaciones de la raza, la clase, los elementos económicos e institucionales (Chaloult y Chaloult, 1978).

En las naciones latinoamericanas, construidas en paralelo a la construcción de la región como tal, y emergentes de los procesos independentistas del siglo XIX, el pueblo nunca tuvo un papel protagonista en la construcción del proyecto nacional y ello provocó que hoy veamos un pueblo empobrecido y con dificultades para ejercer la ciudadanía. Las diferencias raciales y de clase rigen en el presente de las naciones latinoamericanas invisibilizando la situación de grandes masas poblacionales que no acceden al campo político. Las consecuencias de una historia de diferenciación interna ya son palpables, y no se vislumbra un futuro cercano que logre equilibrar el sistema social. La única salida pareciera ser la (re)construcción de las naciones de forma de aceptar la diversidad étnica que las compone, admitiendo la autonomía de los pueblos a su interior, fortaleciendo los estados para convertirlos en plurinacionales. Ello implica revisar el concepto de una cultura nacional como un entramado homogéneo o incluso un proceso de construcción exento de conflictos, y asumir que en el proceso histórico de consolidación de la organización nacional es posible observar relaciones hegemónicas que desarrollan intentos asimilaciones y de aculturación sobre los grupos subalternos. Veamos, en este sentido, el planteo que realizó Stavenhagen más avanzada su obra, cuando su foco de análisis se posó sobre los grupos étnicos y su inserción en las construcciones nacionales.

### ***Stavenhagen y la ‘nación’***

El recorrido que plantea Stavenhagen entre la aparición de grupos con características internas específicas y la consolidación de la forma política de la ‘nación’, inicia en el siglo

XVI. Según sus trabajos, es a partir del siglo XVI y como resultado de la conformación de los Estados ‘nación’ en Europa, que algunas etnias lograron convertirse en pueblos mayoritarios y dominantes, excluyendo a otras. Estas etnias iniciaron un proceso de construcción política que las consolidó como la hegemonía de naciones o Estados ‘nación’, que usualmente se centraron en las características centrales de su identificación<sup>4</sup>.

Desde la Modernidad, la ‘nación’ ha sido caracterizada como una comunidad que se origina en alguno de sus elementos reconocibles (la lengua, el territorio, las costumbres, la historia, etc.), los cuales han sido sostenidos como fundamento de la misma con distintos énfasis. La pregunta por sus fundamentos, por las estrategias de difusión y recepción de sus componentes así como por la participación de sus distintos integrantes ha ocupado a pensadores de los últimos siglos. Más adelante, en el siglo XX, los teóricos de la ‘nación’ comienzan a preguntarse por la ficcionalidad de esta idea, por su peso sobre las construcciones simbólicas de sus integrantes y por su relevancia, ante un sistema mundial desigual que evidenciaba que una misma construcción no adquiere formas idénticas en distintos rincones del globo. Ello implicó asumir que en regiones como Latinoamérica, por ejemplo, la ‘nación’ adquiriría formas específicas que excedían a aquellas referidas por los teóricos europeos, en las que las naciones aparecían como construcciones ligadas al desarrollo de una burguesía moderna y a la construcción de un Estado autónomo basado en un fuerte componente cultural.

El análisis de los procesos históricos de construcción de las naciones latinoamericanas requiere sostener una mirada deconstructivista, pero sin perder el foco en la experiencia que sus actores atravesaron y atraviesan<sup>5</sup>. Estas formaciones nacionales comparten un origen

---

<sup>4</sup> En esta descripción coincide con Partha Chatterjee, quien afirma que en los procesos de conformación de los Estados ‘nación’ modernos, discursos diferentes compiten entre sí, hasta que un discurso elitista logra dominar una alianza nacional que lo asumirá como tarea histórica, excluyendo a movimientos subalternos de esa coalición de poder. Así, afirma la posibilidad de que existan nacionalismos anticoloniales capaces de construir “espacios de soberanía” en el campo espiritual, por fuera de la batalla política (Chatterjee, 2008).

<sup>5</sup> Las preguntas sobre la sostenibilidad de las grandes ideas nacionales, aun revelada su ficcionalidad, adquiere mayor fuerza frente a conflictos raciales y étnicos contemporáneos. Son los pensadores poscolonialistas, especialmente aquellos que tratan con contextos violentos, los que lanzan a la arena teórica la pregunta acerca de los actores intervinientes en la construcción de esas ideas y la posibilidad de la existencia de representaciones contrapuestas frente a símbolos que se evidencian ambiguos y excluyentes. Esta postulación se inserta en la misma línea de la propuesta teórica que sostiene Eugenia Mallón en sus estudios sobre la conformación de sentimientos nacionalistas en los campesinados peruano y mexicano. Desde allí, postula que es posible analizar manifestaciones nacionalistas por fuera del Estado, que deberán entenderse como analíticamente diferentes pero históricamente conectadas (Mallón, 2003). Asumir que no existe una sola versión “real” del nacionalismo implica ampliar la mirada a manifestaciones que exceden los proyectos

que usualmente se denomina moderno y han atravesado momentos similares que permiten pensar en ciertas uniformidades. Sin embargo, también es posible encontrar fuertes diferencias en los entramados identitarios de las naciones latinoamericanas, algunas de las cuales siguen siendo resaltadas por sus integrantes en vistas a afirmar la autonomía de sus pueblos.

Para Rodolfo Stavenhagen, la ‘nación’ puede ser concebida como una construcción territorial o cívica, que queda determinada por el marco legal que establece las pautas de ciudadanía. En esta concepción, el nacionalismo como principio político identifica a la ‘nación’ con toda la gente que legalmente forma parte del territorio de un Estado soberano, más allá de sus características étnicas. La segunda forma de comprender a la ‘nación’ se basa en criterios étnicos, y las características que definen la pertenencia a la misma son atributos culturales compartidos como el idioma o la religión, o la idea de una historia común arraigada en un mito constitutivo. En este sentido, la pertenencia a la ‘nación’ étnica es heredada, es más flexible, y la identidad cultural tiene un peso mayor sobre la ciudadanía formal. El territorio no deja de aparecer como un referente necesario, pero en este caso como “la patria histórica de la que surge la ‘nación’ étnica y a la que siempre está ligada” (Stavenhagen, 2001a: 10).

Esto quiere decir que los proyectos políticos de construcción de unidades político administrativas modernas, Estados nacionales, no pueden pensarse separados de un proceso de significación, en el que esas prácticas adquirieron sentidos que se disputan la legitimidad del proceso. Dinámicas históricas como las que mencionamos brevemente sedimentan sentidos en cada país, que hacen factibles ciertas prácticas hegemónicas e imposibilitan otras. Es menester resaltar la coexistencia de estas diferencias y similitudes, para poder escapar de las retóricas esencialistas que invisibilizan los conflictos y las desigualdades, y que no logran comprender la propia situacionalidad (Quijano, 2005).

La obra de Stavenhagen subraya firmemente la prevalencia de dichos conflictos en las formas nacionales, más allá de la presunción de su homogeneidad. En este sentido, el autor nos recuerda que las construcciones étnicas son usualmente explicaciones discursivas que

---

burgueses y que negocian constantemente con los mismos, bajo la premisa de una ciudadanía inclusiva, asumiendo que los sectores subalternos participan activamente en la construcción de las ideas nacionales (Mallón, 2003).



terminan legitimando, muchas veces, la existencia de un conflicto y hasta sus manifestaciones más violentas. Los discursos étnicos contruidos se valen de las necesidades de identidad colectiva de un grupo, apropiando elementos históricos referidos a la conciencia colectiva. Estos relatos no dejan de ser instrumentos poderosos para fundamentar ideologías étnicas y constituirse en elementos de movilización política, en mano de ese grupo o manifestación que logrará alzarse con la posición hegemónica de la construcción nacional en un momento determinado. Hay una apelación renaniana en esta afirmación, que encierra una valoración del pasado compartido o al menos del pasado relatado, para una comunidad.

Siguiendo a Stavenhagen, la difusión del modelo europeo de 'nación' y su importación a América Latina y África, organizó las relaciones interétnicas al interior de un territorio. En muchos de estos pueblos la conformación del Estado precedió a la de la 'nación', que como forma comunitaria se constituyó posteriormente, tomando en cuenta los distintos aportes de los grupos étnicos que incluyera a partir de estrategias asimilacionistas del Estado 'nación'. Incluso, en algunos casos, la 'nación' se conformó a partir de grupos poblacionales inmigrantes: son los *pueblos trasplantados* que menciona Darcy Ribeiro, cuando analiza la historia de construcción de los proyectos nacionales de Argentina y Uruguay (Ribeiro, 2007).

Pero la 'nación' no es en Stavenhagen un ámbito de exclusiva injerencia de los Estados. Aun cuando pueda pensarse que una etnia se convierte en 'nación' cuando logra acceder a la estructura de un Estado, existen etnias en el mundo que se consideran naciones aun sin contar con un Estado propio. Los Estados otorgan mayor o menor reconocimiento a esos grupos, y aquí aparece lo que configura lo que ocupa un lugar central en el análisis de este autor: el conflicto étnico.

El eje del análisis de los últimos trabajos de Stavenhagen está puesto en la dimensión conflictiva de la idea de 'nación'. La construcción de una idea de comunidad, nos recuerda su enfoque, no está exenta de la existencia previa y constante de conflictos que podrían calificarse como étnicos. Más allá de las polémicas en las definiciones que buscan destacar su formalidad o sustentabilidad, los grupos étnicos son conceptualizados en su trabajo como colectividades históricamente determinadas que poseen características objetivas y subjetivas. Sus miembros reconocen que comparten rasgos comunes, como la lengua, la

cultura o la religión, así como un sentido de pertenencia. Las fronteras étnicas se constituyen socialmente, y eso las hace permeables así como hace a los grupos étnicos, contingentes. La identidad étnica es el resultado de cuestiones internas, pero también de las relaciones que el grupo establezca con otros grupos, o con el Estado mismo.

Un conflicto étnico refiere a “la confrontación social y política prolongada entre contendientes que se definen a sí mismos y a los demás en términos étnicos” (Stavenhagen, 2001b: 4), entendiendo términos étnicos como cualquiera de las formas de la identidad cultura: la nacionalidad, la religión, la raza, el idioma, etc. Es decir, el sentido de pertenencia construido hacia una comunidad organizada como es la ‘nación’, puede ser fuente de conflictos entre grupos que han sido históricamente integrados en una comunidad política mayor. Al mismo tiempo, en el proceso de construcción de esa comunidad política organizada, pueden emerger conflictos fundados en divergencias idiomáticas, religiosas o atributos raciales al interior de la misma. Es la misma diferencia, argumenta Stavenhagen, la que origina el conflicto, en tanto a esos atributos distintivos les son adjudicados significados especiales – en términos de creencias y sentimientos, explicaciones subjetivas – que hacen que esas diferencias parezcan aun más profundas. El origen de los conflictos étnicos debe buscarse en circunstancias históricas particulares, y es fundamental comprender que su consolidación persigue intereses específicos. Stavenhagen nos exige alejar nuestra mirada de los análisis de tipo más funcionalista, que ubican el origen de estos conflictos en odios tribales muy antiguos, que parecieran dar por sentada la conflictividad, sin vislumbrar un horizonte de convivencia. La explicación mítica y atemporal nos impide explorar los intereses que se esconden tras esas posiciones y que acercan usualmente soluciones radicales y homogeneizantes.

Así es que la contraparte de estos conflictos es la lucha de las élites dominantes por imponer, preservar o extender su hegemonía sobre otras etnias o sobre el territorio que se arrojan propio. Estas confrontaciones resultan en asuntos muy polémicos, en los que se destaca la a menudo excesiva violencia que deriva de ellas. Usualmente, la opinión pública refiere a ellos como resultado de conflictos tribales o ancestrales muy antiguos, aunque en realidad se trata de enfrentamientos entre grupos políticamente movilizados y un Estado moderno – son raras las ocasiones en que el Estado no es partícipe del conflicto.

Esta explicación encierra algo de mítico, ya que esos odios a los que se hace referencia carecen de una temporalidad precisa, de modo que parecieran haber estado allí por siempre. Por el contrario, los conflictos parecen profundizarse cuando hay una fuerte presencia institucional, que sin embargo tiene un débil accionar en el control de estos conflictos y, especialmente, en evitarlos. Los fundamentos del conflicto pueden ser tan variados como atributos sostenga cada comunidad: nos recuerda Stavenhagen que el elemento territorial ha tenido una importancia especial en el surgimiento de muchos de ellos, mientras que las adscripciones religiosas han fundamentado también otros tantos enfrentamientos. Cuando el fortalecimiento de la etnicidad como elemento identitario, a través de la profundización de la diferencia, se convierte en un elemento de movilización política también surgen conflictos de este tipo. Es decir, los conflictos étnicos que caracterizan a las comunidades nacionales tienen fundamentos concretos e históricos.

La visión estructuralista que Stavenhagen sostiene lo lleva a señalar enfáticamente la vinculación entre estas identificaciones étnicas y la existencia de fuertes desigualdades socioeconómicas. Cuando distintos grupos de una comunidad encuentran entre sí fuertes diferencias socioeconómicas, las posibilidades de surgimiento de un conflicto son mucho más grandes. En este sentido, el autor afirma que “cuando una colectividad se percibe a sí misma como víctima de la explotación económica, como grupo cultural, racial, religioso o étnico, entonces reacciona como una etnia y elabora un discurso o contradiscurso étnico” (Stavenhagen, 2001b: 8); es decir, los actores encuentran aspectos étnicos que sirven como aglutinadores frente a desigualdades económicas.

Según Stavenhagen, cuando el discurso étnico está vinculado a la disputa por el poder estatal o a la soberanía territorial, estamos ante un discurso etnonacionalista. El conflicto étnico siempre está ligado a la ideología nacionalista del Estado moderno, en el sentido de que conviven discursos heterogéneos que se disputan la sostenibilidad de la hegemonía sobre el concepto de ‘nación’. Es por ello que las identidades étnicas entran en competencia con la identidad nacional moderna. Lo que está en disputa es la lealtad, el sentido de pertenencia que sostengan distintos grupos. Pero la ideología nacional aparece en estas reflexiones como una ideología etnocéntrica, que intenta subsumir a aquellas identificaciones subnacionales encerradas en un territorio. Aunque la discusión ya está planteada, desde el ámbito político y más temerosamente, desde el ámbito académico, son

pocos los discursos sobre la ‘nación’ que incluyen a cierta diversidad étnica, permitiendo la existencia de una ‘nación’ y un discurso nacionalista que conviven con una sociedad multiétnica.

La problemática de la interculturalidad se manifiesta gravemente al interior de las naciones. Allí es donde los conflictos etnopolíticos y culturales suelen tornarse violentos. “aquí, el problema fundamental es que la concepción hegemónica y ampliamente extendida del estado nacional monoétnico no corresponde a la heterogeneidad cultural de la gran mayoría de los países del mundo” (Stavenhagen, 2006: 216). El origen de los conflictos, entonces, usualmente está vinculado con la incapacidad de los Estados para lidiar adecuadamente con la diversidad étnica que contienen su territorio. La ‘nación’, como comunidad organizada, es una propuesta homogeneizadora sobre una población que es multiétnica, inevitablemente.

Lo que no podemos dejar de lado, en el análisis de los procesos de construcción de la ‘nación’ y sus discursos, es que los conflictos étnicos que muchas veces caracterizan a la historia de una comunidad están ligados a la emergencia de políticas estatales que buscaban conducir la diversidad étnica existente en un territorio nacional. Nos dice Stavenhagen, “las ideologías nacionalistas modernas han llevado a cabo diferentes tipos de políticas asimilacionistas para las minorías étnicas y los pueblos subordinados culturalmente distintos [...] La integración nacional, como se entiende en estos casos, requiere que los grupos no dominantes [...] renuncien a sus identidades respectivas con el fin de integrarse a una entidad nacional más amplia” (Stavenhagen, 2001b: 15). Y se repite su fuerte crítica al modo en que estas formas organizativas construyen una identidad colectiva particular, ya que los Estados nacionales crean, reproducen e imponen a sus ciudadanos “un modelo de nación que excluye y rechaza otros modelos culturales distintos del suyo” (Stavenhagen; 2006: 219). En general, muchas minorías rechazan estas propuestas, y la imposición no hace más que avivar la conflictividad.

Ahora bien, nos preguntamos frente a este análisis de la forma organizativa ‘nación’ como una estructura desigual, cuál es la posibilidad a futuro de las comunidades existentes, o bien cuál sería su forma posible. Afirma Stavenhagen que la aceptación del pluralismo intrínseco a la ‘nación’ parece ser una tendencia creciente. Al menos en los últimos años, surge con fuerza en los debates sobre políticas étnicas, que buscan construir sociedades

plurales. Es importante resaltar que esta tendencia también coincide con el temor de los Estados modernos a la autodeterminación de los grupos subnacionales. El reclamo de estos grupos, sin embargo, muchas veces pasa por la inclusión de su identidad cultural dentro de las actuales estructuras estatales y la ampliación de las oportunidades reales de participación, antes que ser una reivindicación de la separación. Es decir, el problema que surge aquí es más bien analítico, ya que este reclamo desafía a los Estados a incluir en sus políticas la autodeterminación de algunos pueblos, sin que ello altere la posibilidad de existencia de una forma organizativa estatal nacional. Pensar en términos de separatismo y soberanía, por su parte, implica un enfoque más bien basado en la estructura estatal, que debería reformarse para dar lugar a más de una forma político administrativa.

### ***Stavenhagen y la cuestión nacional en México y Latinoamérica***

Los procesos nacionales de América Latina dan cuenta de experiencias particulares de construcción sobre la diversidad contenida en sus territorios. Para Stavenhagen, esta necesidad de construir una cultura nacional en las nacientes formaciones latinoamericanas convive de manera contradictoria con el proyecto de integración hacia lo que sería una cultura regional. Sin embargo, aclara que la búsqueda de características identitarias dentro de la región funcionó para la intelectualidad latinoamericana como crítica al modelo de desarrollo norteamericano. En ese sentido, afirma que “mirar hacia adentro significó también subrayar lo distintivo de lo nacional frente a los rasgos culturales comunes compartidos por otros países” (Stavenhagen, 1986: 447). Pero este proceso de construcción de las culturas nacionales de los Estados independientes permanece hoy incompleto.

La construcción de la cultura nacional aparece en sus reflexiones como un instrumento fundamental para la consolidación del Estado y de la economía nacional, es decir el desarrollo económico. Sin embargo, la construcción de un entramado simbólico que exprese la voluntad nacional convive con estructuras sociales altamente polarizadas y fragmentadas. Ello da cuenta de la coincidencia entre la naciente cultura nacional y el proyecto de sociedad de la pequeña clase dominante criolla, además de los procesos independentistas. Estos procesos, entonces, dieron lugar a la consolidación de mecanismos que buscaban excluir del sistema político a las clases populares: campesinos, indígenas,

esclavos y negros (Stavenhagen, 1986). Las poblaciones indígenas comenzaron a ser consideradas como un obstáculo para la integración nacional y una amenaza al poder de las elites criollas.

Es en este punto donde la obra de Stavenhagen se torna crítica de los procesos de construcción nacional latinoamericanos, y nos advierte sobre la existencia de una “ideología racial” que se plasmó en políticas estatales concretas como el exterminio físico que caracterizó a Argentina, Uruguay y Chile; sumada a la política sistemática de atracción de inmigrantes europeos, que aportarían al “blanqueo” de las poblaciones de estas naciones. En este sentido, no es posible sostener que la historia latinoamericana esté exenta de racismo, ya que “la idea de ‘nación’ en América Latina está basada en la negación de las culturas indígenas” (Stavenhagen, 1986: 453). La vinculación entre la diversidad étnica de una comunidad y la búsqueda de homogeneidad que encaran los proyectos de construcción de Estados ‘nación’, es conflictiva.

La principal violación de derechos humanos de las poblaciones indígenas en los países de América Latina está vinculada a la expropiación de las tierras que ocupaban, a través de decretos o políticas públicas que las convirtieron en propiedad privada. De esta forma, no sólo perdieron la base de su supervivencia económica, sino que también vieron afectada su sobrevivencia cultural. Un aspecto central tiene que ver con los derechos lingüísticos y culturales, tradicionalmente no reconocidos por los gobiernos nacionales. Las comunidades que resisten proponen reorientar las políticas educativas oficiales hacia una educación bilingüe y bicultural. Todos estos aspectos se condensan en las demandas de las manifestaciones indígenas por la participación en el poder político, especialmente en la toma de decisiones de los asuntos que los competen directamente. La demanda por participar íntegramente del desarrollo de las naciones latinoamericanas cuestiona, entonces, la idea tradicional de Estado ‘nación’, desterrando la idea de una cultura nacional única y homogénea; proponiendo una sociedad que se reconozca multiétnica, pluricultural y diversa. La incorporación de los derechos culturales de los pueblos indígenas es, para nuestro autor, la temática central en el debate actual sobre la ‘nación’ (Stavenhagen, 2006). Stavenhagen ubica en la década de los sesenta el surgimiento de numerosas organizaciones indígenas en distintas partes de la región, que reclamaban cambios en las políticas públicas así como el respeto y reconocimiento de su propia cultura e identidad. Estas expresiones y

el apoyo del campo intelectual daban cuenta de la necesidad de reformular la cuestión nacional y el nacionalismo cultural (Stavenhagen, 1986). El contexto de surgimiento de estas experiencias colectivas estaba caracterizado por el fracaso de las políticas desarrollistas frente al avance de la pobreza y la desigualdad social; y posicionaba a los pueblos indígenas como “nuevos” sujetos históricos, con nuevas demandas (Stavenhagen, 2002). Las experiencias de acción colectiva emergentes en este contexto son una clara evidencia de esa diversidad contenida en un territorio que se delimita nacional, y de cómo el proyecto nacional tiene diferente impacto en cada uno de los sectores de esa población.

Como hemos visto, Stavenhagen hace responsable a la idea misma del Estado ‘nación’ de la existencia de conflictos étnicos, pasados, presentes y futuros. Más allá de las polémicas intelectuales sobre los Estados nacionales como una necesidad histórica o una forma de organización política, lo cierto es que el mundo se encuentra dividido en unidades territoriales políticas que se convirtieron en los principales actores de la escena internacional. Los Estados modernos incluyen en su población a más de un grupo étnico, y esta diversidad constituye un reto para la gobernabilidad y para el concepto mismo de Estado ‘nación’ en sí mismo. Todos los Estados contienen uno o más grupos étnicos, nacionales, raciales, lingüísticos o culturales que no se identifican con el modelo predominante o que no son aceptados plenamente como miembros de aquél, o de la ‘nación’ que representa. Uno de los problemas principales es que los Estados, en general no reconocen legalmente el pluralismo étnico que existe dentro de sus fronteras, y trabajan por encontrar formas de enfrentar constructivamente esa diversidad.

En este sentido, sus apariciones en la prensa mexicana funcionan como una interpelación al gobierno nacional frente a la constatación del olvido en que viven las comunidades indígenas que integran esta ‘nación’. El análisis de las experiencias colectivas de resistencia está siempre vinculado a la desigualdad que México evidencia, especial y directamente a la aplicación de políticas neoliberales que solamente han profundizado esas diferencias. Es así que relaciona de manera directa la aparición del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) con la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN o NAFTA, por sus siglas en inglés), que entró en vigor el 1 de enero de 1994, el mismo día que el EZLN declaró la guerra al Estado mexicano. Ambos acontecimientos son polos del

mismo fenómeno, nos dice Stavenhagen<sup>6</sup>, de un México en formación que busca ser un país moderno, altamente tecnologizado y digitalizado; pero que permite que esa búsqueda de desarrollo convivan con graves problemas históricos de marginación, pobreza y polarización. El levantamiento del EZLN fue una forma de mostrar disconformidad ante la ausencia de políticas de desarrollo que incluyeran a las comunidades indígenas. El reclamo es hacia un Estado que funcione de manera inclusiva, como dice el famoso lema del EZLN: “Un mundo donde quepan muchos mundos”.

En el presente, en la ‘nación’ mexicana se está debatiendo fuertemente acerca de las políticas en materia energética encaradas por el gobierno federal. Desencadenado por una propuesta de Ley Energética presentada por el actual gobierno nacional, este debate gira en torno a la propiedad de la tierra y los recursos energético, en un país donde aun la revolución agraria de inicios de siglo XX no ha podido resolver la expropiación de recursos a las comunidades originarias, y donde la propiedad nacional de los recursos energéticos es un elemento central de la construcción identitaria nacional<sup>7</sup>. Stavenhagen, al igual que muchos otros intelectuales mexicanos, denuncia la entrega de tierras con recursos mineros que el gobierno federal realiza a manos privadas, para su explotación. Los capitales privados presionan al Estado mexicano para obtener recursos naturales donde actualmente residen comunidades indígenas que se resisten a esa explotación, en una clara maniobra de neocolonización del territorio de los pueblos originarios, lo cual no hace más que acentuar el conflicto en el que el país vive. Para Stavenhagen, es urgente entonces reabrir el diálogo entre los pueblos indígenas y el Estado mexicano, diálogo que se encuentra suspendido desde 1996 tras las reuniones y acuerdos en San Andrés Larráinzar, Chiapas<sup>8</sup>.

Es en el campo de la educación donde pueden reconocerse avances: los derechos indígenas son claramente reconocidos por instituciones públicas de defensa de los derechos humanos,

---

<sup>6</sup> Ver <http://www.jornada.unam.mx/2014/06/25/politica/006n1pol>

<sup>7</sup> En 1938 el Presidente Lázaro Cárdenas logró la expropiación de la explotación de las riquezas petroleras que se encontraban en manos de capitales extranjeros, pasando a ser propiedad del Estado mexicano. Se trató del resultado de un largo proceso de conflictos en los que se denunciaba la explotación de los trabajadores por las empresas radicadas en el país. La Ley de Expropiación fue aplicada a 17 empresas petroleras, y más tarde se generó la administradora nacional PEMEX, que continúa siendo fuente de orgullo para los mexicanos en la actualidad.

<sup>8</sup> El Acuerdo de San Andrés fue firmado por el gobierno mexicano y el EZLN, como un llamado al cese del conflicto y a la apertura de las instancias de debate sobre la conflictiva situación que el movimiento indígena denunciaba. Para ver más sobre esta iniciativa: <http://zedillo.presidencia.gob.mx/pages/chiapas/docs/sanandres/acuerdo.html>



existen en el país universidades interculturales y hasta un programa de formación de traductores indígenas para ayudar en trámites administrativos<sup>9</sup>. Sin embargo, estas políticas son parciales, ya que usualmente esos sujetos provenientes de ese sistema de educación bilingüe son discriminados a la hora de insertarse laboralmente.

Stavenhagen se muestra crítico de las políticas que califica de *indigenistas*, llevadas adelante por el Estado ‘nación’ mexicano desde inicios del siglo XX, en tanto siempre han sido una herramienta de dicho Estado para tratar con los pueblos indígenas, antes que una perspectiva que permitiera la autodeterminación de los propios pueblos (Stavenhagen, 2002). El indigenismo como política oficial implicaba asimilación e integración a través del reforzamiento de las comunicaciones, incluyendo la construcción de caminos hacia las zonas habitadas por estas comunidades, así como su inclusión en el sistema educativo. Se trataba, según Stavenhagen, de estrategias de modernización de las comunidades indígenas e inclusión en la ciudadanía, que no lograron que la población mestiza urbana aceptara los elementos indígenas de la cultura nacional. Pero este cambio simbólico implica reconocer no solamente los derechos a la educación e información, sino también el reconocimiento político y jurídico de esos pueblos.

### ***Reflexiones finales: la multiculturalidad como propuesta***

En este trabajo hemos encarado un recorrido por la obra de Rodolfo Stavenhagen en busca de reflexiones sobre la ‘nación’. Su mirada analítica es inseparable de los procesos políticos y sociales contemporáneos, a la vez que sus premisas son inescindibles del contexto latinoamericano en que fueron pensadas.

Para Stavenhagen, la ‘nación’ es un proyecto político, en tanto es una forma organizativa difundida desde la Modernidad que se construye en base a una idea hegemónica que construye, implanta y reproduce un modelo de cultura nacional. En este proceso histórico, en el que esta comunidad nacional construye además su expresión administrativa – el Estado – se afianza la idea hegemónica de identidad nacional a través de la segregación de los distintos grupos étnicos que habitan el territorio. Las comunidades originarias son aculturizadas bajo políticas asimilacionistas, ya que la ‘nación’ como forma moderna no

---

<sup>9</sup> Ver <http://mediosenmexico.blogspot.com.ar/2013/12/lamentan-poco-cambio-en-tema-indigena.html>

acepta la diversidad. Este proceso no está carente de conflictividad, y es allí donde se enfoca el análisis de Stavenhagen. Se hace evidente que la experiencia de la ‘nación’ es usualmente perjudicial para quienes no entran de manera directa en el proyecto nacional.

La propuesta de Stavenhagen, esbozada tímidamente en sus escritos más recientes y en sus apariciones en la prensa tiene que ver más con revisar las condiciones en que la ‘nación’ como forma organizativa e histórica es construida, repensando las premisas sobre las que se funda la idea de una cultura o identidad nacional de manera de incluir a la diversidad de actores que quedan englobados en ese proyecto político. Así es que los reclamos de las nuevas expresiones colectivas de los pueblos indígenas proponen una identidad nacional fundada en la multiétnicidad y la diversidad cultural, que remplace al mito nacional homogeneizador (Stavenhagen, 2002). El reconocimiento de los derechos de las comunidades indígenas solamente tendrá lugar si se da junto con una revisión completa de la forma Estado ‘nación’ y su construcción simbólica, la Idea de ‘nación’.

La multiculturalidad es hoy en día un marco desde el que puede pensarse un reordenamiento de las relaciones sociales y políticas, y puede ser considerada un nuevo proyecto de ‘nación’. Es urgente la necesidad de repensar el modelo, la idea, de ‘nación’ que compartimos y reproducimos. Pero la ciudadanía multicultural excede la ampliación discursiva, ya que implica el reconocimiento político y jurídico de todos los grupos. No se trata solamente de “celebrar la diferencia”, sino de garantizar el respeto por los derechos humanos de quienes han sido históricamente subordinados. Es decir, se necesita un cambio de mentalidades acompañado de un cambio institucional: construir un nuevo Estado para un nuevo proyecto de ‘nación’. Mientras tanto, la multiculturalidad “es tomada como una bandera de lucha, es reivindicada como una forma de resistencia a las políticas asimilacionistas y a la discriminación, y se constituye [...] como una manera de hacer política” (Stavenhagen, 2006: 223). Como nueva ideología política, la multiculturalidad se presenta como la base de un nuevo proyecto de ‘nación’. Ello requerirá, entonces, repensar la ciudadanía para que quienes recuperen sus derechos culturales puedan participar de la vida política nacional en igualdad de oportunidades.

En la obra de Stavenhagen, la ‘nación’ es una forma política cargada de una conflictividad que, lejos de sostener esas diferencias en base a mitos originarios, muestra una fuerte desigualdad en términos de distribución de recursos económicos y sociales. Esta

desigualdad se traduce en políticas aislacionistas y excluyentes y en la construcción de una idea de excluyente de la 'nación' que se difunde como forma civilizadora a todos los actores que habiten el territorio nacional.

Así como la construcción de una cultura latinoamericana es un esfuerzo intelectual que lleva más de un siglo, las ideas nacionales de los países de la región son proyectos políticos inacabados, que deberán revisarse a la luz del surgimiento de los reclamos de las expresiones de acción colectiva contemporáneas sobre la desigualdad que caracteriza a la experiencia de la 'nación'. Nuestro esfuerzo intelectual, entonces, debe estar centrado en pensar de qué forma esos actores que resisten podrán tener un rol activo en la construcción de sus comunidades nacionales.

## **Bibliografía**

CHATTERJEE, Partha (2008) *La 'nación' en tiempo heterogéneo y otros estudios subalternos*. Buenos Aires: CLACSO/Siglo XXI.

CHALOULT, Yves y CHALOULT, Norma (1978) "Colonialismo interno: dicussao de um conceito". *Revista Contexto*, Número 5, marzo. San Pablo: HUCITEC. pp 89-104.

GONZÁLEZ CASANOVA, Pablo (2009) *De la sociología del poder a la sociología de la explotación: pensar América Latina en el siglo XXI* (compilado por Marcos Roitman Rosenmann). Bogotá: Siglo del Hombre Editores y CLACSO.

GRIMSON, A. (2007) "Introducción" en Grimson, A. (compilador) *Pasiones nacionales. Política y cultura en Brasil y Argentina*. Buenos Aires: Edhasa.

GRIMSON, A. (2011) *Los límites de la cultura. Críticas de las teorías de la identidad*. Buenos Aires: Siglo XXI.

LOZA, Jorgelina (2013) "Construir América Latina desde las ciudades. Representaciones sobre la región y la 'nación' en los discursos de integrantes de movimientos sociales urbanos contemporáneos de Argentina, México y Uruguay (2008-2011)". Tesis doctoral presentada ante el Doctorado en Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Defendida en abril de 2013.

MALLÓN, Florencia (2003) *Campesino y 'nación': la construcción de México y Perú poscoloniales*. México: CIESAS/El Colegio de San Luis/El Colegio de Michoacán.

- QUIJANO, Aníbal (2005) “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina” en Lander, Edgardo (compilador) *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. República Dominicana: CLACSO.
- RIBEIRO, Darcy (2007) *As Americas e a civilicao. Processo de formacao e causas do desenvolvimento desigual dos povos americanos*. Sao Paulo: Companhia das Letras.
- STAVENHAGEN, Rodolfo (1972) *Sociología y subdesarrollo*. México: Editorial Nuestro Tiempo.
- STAVENHAGEN, Rodolfo (1986) “Cultura y sociedad en América Latina: una revaloración”. *Estudios Sociológicos*, vol. IV, núm. 12, septiembre – diciembre, 1986. México: El Colegio de México. (pp. 445 – 457).
- STAVENHAGEN, R. (2001b). Conflictos étnicos y estado nacional: conclusiones de un análisis comparativo. *Estudios Sociológicos*, vol. XIX, núm. 1, enero-abril, 2001. México: El Colegio de México (pp. 3-25).
- STAVENHAGEN, Rodolfo (2001a) *Conflictos étnicos y Estado nacional*. Siglo XXI/UNRISD: México.
- STAVENHAGEN, Rodolfo (2002) “The return of the native: the indigenous challenge in Latin America”. *Ocassional papers*, núm. 27. University of London, Institute of Latin American Studies.
- STAVENHAGEN, Rodolfo (2006) “La presión desde abajo: derechos humanos y multiculturalismo”; en Gutierrez Martínez, Daniel (coordinador), *Multiculturalismo. Desafíos y perspectivas*. México: Siglo XXI/UNAM/El Colegio de México.
- VALENZUELA ARCE, José (1992) “Identidades culturales: comunidades imaginarias y contingentes” en Valenzuela Arce, J. (coordinador) *Decadencia y auge de las identidades: cultura nacional, identidad cultural y modernización*. Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte. pp 49 a 66.
- VERNIK, E., SALVI, V. y LOZA, J. (2008) “Imágenes de la ‘nación’ y la globalización. La posibilidad de explorar representaciones de la ‘nación’ desde la recepción de discursos televisivos”. Ponencia presentada en V Jornadas de Sociología de la UNLP y I Encuentro Latinoamericano de Metodología de las Ciencias Sociales. La Plata, diciembre.
- WILLIAMS, Raymond (1980) *Marxismo y literatura*. Barcelona: Península.

ZAPATA SCHAFFELD, Francisco (1990) *Ideología y política en América Latina*.  
México: Colegio de México.